

LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL Y LA ELECCION DE PROFESION

«No todos los caminos de la vida son para todos los caminantes.»

GOETHE.

El delicado y difícil problema que se le plantea al individuo en el momento de tener que elegir profesión no es privativo de nuestros días. Ha debido preocupar al hombre, de manera real y práctica, en todos los tiempos; desde el instante mismo en el que por necesidades primarias se unió con sus semejantes para constituir el grupo organizado, y en el que cada individuo ejercería su función diferenciada de acuerdo con sus capacidades y en beneficio propio y de la comunidad.

Lo que sí pertenece a nuestros días es el haber dado forma científica a esta vital cuestión, que pretende acomodar, en reciprocidad mutua, al sujeto, con el objeto sobre el que actúa durante el trabajo. La intrincada y compleja problemática que suscita esta doble necesidad cae dentro del campo escible de lo que conocemos propiamente con los nombres de Orientación y Selección Profesionales, aunque bien mirada la cuestión solamente debiéramos quedarnos para nuestras tareas de especulación con el primer concepto, toda vez que la Orientación abarca y comprende a la Selección.

ALGUNOS DATOS HISTÓRICOS SOBRE ORIENTACIÓN PROFESIONAL

En este prolífero capítulo de la Psicología aplicada a las profesiones, propiamente llamada Psicotécnica, con cuyo término la designó Hugo de Münsterberg, ha sucedido en el proceso de su formación al igual que en todas las ciencias: la práctica ha sido antes que la teoría, el arte ha fundamentado a la ciencia. Se hace Orientación Profesional antes que se reflexione con rigor científico sobre ella, y así lo confirman cuantiosos antecedentes históricos.

Platón, en su obra maestra «La República», al estructurar el Estado ideal que concibiera, con arreglo a unos estratos sociales diferenciados, y asignar a cada una de estas clases las funciones que les corresponde ejercer, no hace sino un tratado de Orientación Profesional.

Séneca, en su obra «De tranquillitati animi», nos dice que nadie debe encaminarse sino donde le guíe la fuerza de su ingenio. En otra de sus obras, «De ira», también afirma que la proporción dominante de calor y humedad

en cada individuo determina sus inclinaciones naturales, recogiendo con ello el pensamiento de Hipócrates sobre su tipología humoral, con la que todavía tenemos que contar cuando estudiamos las numerosas clasificaciones (tipologías) concebidas para encuadrar a la variedad de tipos humanos, desde que la Psicología ha adquirido su mayoría de edad.

Recogen la tradición senequista varios autores medievales, hasta que aparecen nuestros dos grandes renacentistas, Juan Huarte y Navarro, más conocido por Juan Huarte de San Juan, y Juan Luis Vives, al primero de los cuales le corresponde con todo derecho el ser llamado «padre de la Psicotécnica», así como Vives ha sido calificado por J. Watson «padre de la Psicología moderna». El primer título lo ostenta universalmente Hugo de Münsterberg, por el hecho de que él, desde la Universidad de Harvard en los Estados Unidos, fué quien primero supo llevar a la práctica las concepciones de una Psicología experimental nacida en los laboratorios de Leipzig con los trabajos de Wundt, y que con tanto éxito empleó para determinar las causas que originaban los cuantiosos accidentes producidos por los tranvías en la ciudad de Nueva York, demostrando con sus exámenes que un 25 por 100 de los tranviarios empleados eran naturalmente ineptos para el oficio al que se les destinaba» (1). Sus trabajos se difundieron rápidamente y alcanzaron un triunfo general, y otras compañías se apresuraron a adoptar y poner en práctica los exámenes técnicos concebidos por Münsterberg para obtener el debido acoplamiento del personal en sus industrias.

Sin embargo, es de justicia reconocer que fué nuestro compatriota Huarte de San Juan, el precursor insigne de la Psicología fisiológica de Wundt, el médico metido a filósofo, o, tal vez, el filósofo ocupado en ser médico, a quien legítimamente le corresponde toda la gloria de haber sido el primero que concibiera con su obra «Examen de Ingenios para las Ciencias», publicada en Baeza en 1575, una completa especulación sistematizada en el problema de dirigir a cada hombre hacia aquellas formas de trabajo para las cuales se halla dotado con predilección, repartiendo los ingenios de conformidad con su constitución y natural temperamento.

Sus teorías sobre «Psicología Profesional» y sus estudios profesiológicos se pierden durante dos siglos—o al menos no evolucionan—hasta que en la primera década de la centuria actual nace la Orientación Profesional como problema científico, consecuencia natural de muchas circunstancias que se han venido acumulando en el siglo XIX, unas de orden puramente científico, otras sociológicas y algunas que participaban de ambos caracteres, como el problema del taylorismo.

(1) GIL FAGOAGA, L.: *La selección profesional de los estudiantes*. (Discurso.) Universidad de Madrid, 1929, pág. 72.

LOS SERVICIOS DE ORIENTACIÓN PROFESIONAL EN ESPAÑA

A España también le corresponde el honor de haber sido una de las primeras naciones que se puso en vanguardia en pro de este movimiento de la Psicología aplicada, estableciendo en distintas capitales de provincias los centros idóneos destinados a estudiar teórica y prácticamente los problemas de la Orientación y Selección profesionales. De una manera concreta se establecen estos servicios a partir de 1918 con la inauguración del Instituto de Orientación Profesional de Barcelona patrocinado por la Diputación y Ayuntamiento de esta capital. Gran impulso debieron de tomar estos trabajos con la creación de los institutos psicotécnicos de Barcelona y Madrid, así como con la legislación y ordenación dictadas a este respecto. Mediante el Real Decreto-Ley de 21 de octubre de 1924, se definieron las tareas y misiones de la Orientación y Selección Profesionales y por Real Decreto-Ley de 22 de marzo de 1927 se declaran Institutos Oficiales los respectivos centros de Orientación de Barcelona y Madrid (éste establecido en un principio en Carabanchel), de los que se hacen depender todas las oficinas-laboratorio de las restantes provincias españolas (2).

Sin embargo, a nuestro modo de ver, esta magnífica tradición no ha sido continuada en los años sucesivos, al menos con el empuje y brío con que fué iniciada. ¿Podemos admitir hoy que estos servicios de Orientación Profesional han adquirido carta de naturaleza en toda la Nación? ¿Es conocida por todos los sectores sociales la existencia de las oficinas de Orientación Profesional? ¿Son sabedores los padres y dadores de trabajo (empresarios) de los singulares beneficios que a unos y a otros puede reportarles estos servicios de la Psicología aplicada al trabajo, a los primeros con respecto a la felicidad de sus hijos y a los segundos con relación al mejor y mayor rendimiento obtenido en sus industrias y comercios? Y los que conocen la existencia de estas técnicas, ¿son capaces de reconocer abiertamente todo el valor y la confianza que la experiencia viene demostrando se merecen? Tenemos que confesar—con sentimiento—que la respuesta a todos estos interrogantes es negativa. No ha calado, ni en los individuos ni en la sociedad, la trascendencia que para todos tiene la aplicación sistemática de los servicios de Orientación Profesional. No existe coordinación entre todos los que tienen responsabilidad en las tareas de orientar al individuo. Se hace poco y aisladamente.

No intentaremos ni el más simple análisis sobre las causas que han originado esta actividad pasiva y semidesconfiada hacia estos estudios, pues consideramos que ni es ocasión para ello ni fácil la obtención del proceso de su etiología, que está enraizada, con toda seguridad, en la historia de cen-

(2) GIL FAGOGA, L., ob. cit., págs. 164-167.

turias pasadas, al mismo tiempo que en peculiares maneras de ser de nuestra raza. Se me ocurre pensar que tal vez si leyéramos al benedictino Padre Feijóo, encontraríamos con facilidad muchas razones que aun siendo escritas y apropiadas para la mentalidad del siglo XVIII, tendrían plena vigencia actualmente y justificarían—al menos en parte—este nuestro actual desconocimiento y negativismo absurdo respecto a la existencia de estos centros de Orientación y los fines que pretenden cumplir con sus tareas.

Nuestro iberismo—por llamar de alguna manera la fuerte introversión nacional que nos caracteriza y que en otros aspectos tantas glorias nos ha dado—ha sido siempre reactivo y opuesto para serenamente detenerse a considerar, aunque sólo fuera ésto, los avances de las ciencias y el progreso, cuando éstas hacían referencia a lo natural y positivo, llevados, tal vez, por un conservadurismo a ultranza, o por un total apego a la simple especulación teórica, o por verdadera repugnancia espiritual hacia todo lo que significara novedad. Con estas palabras que transcribimos fustigaba Feijóo esta actitud negativa: «Hablo de aquellos pobres incapaces, cabezas de cal y canto, cerebros amasados con el error, calloso por todas partes al discurso, para quienes toda novedad es mentira, toda vejez axioma..., tocan a novedad como a fuego» (3).

Todavía, con alguna frecuencia, se pueden oír voces, aquí y allá, condenando estas técnicas que buscan una mayor objetividad y rigor científico en la solución de los problemas que el hombre tiene planteados en su intento por conocerse, cuando es de conocimiento vulgar los beneficios que a otros países les han proporcionado y siguen proporcionando estas técnicas de la Psicología Experimental aplicada a cualquier actividad o forma de vida que se considere. Bien es verdad que tales condenas son estériles o inocuas por esporádicas, y caen, por tanto, en «saco roto», como suele decirse. Representan, eso sí, los postreros reflejos de una mentalidad que cumplió ya su destino histórico, pero que bien poco tiene que hacer en la hora presente por su empeño en no saber, o no querer, acomodarse a las necesidades y exigencias que nos imponen la vida actual y aferrarse ciegamente a un opoisionismo cerrado y testarudo, por aquello de que es mucho más fácil y cómoda tal actitud, que detenerse a estudiar con verdadera preocupación y sin perjuicios, y con las características que conforma la ciencia de nuestros días, los problemas que atañen a una Psicología aplicada y los instrumentos de trabajo por ella utilizados, así como los métodos de que se sirven para llegar a sus conclusiones y resultados. Ya es hora de que todos en general estemos dispuestos, con buena voluntad, a insertar en nuestro espíritu aquella idea de Feijóo, que al polígrafo santanderino tanto entusiasmaba y que nos legó con estas palabras: «Yo, ciudadano libre de la «República de las Letras,

(3) FEIJÓO, BENITO JERÓNIMO: *Guerras filosóficas*. «Teatro Crítico Universal», II, 1. Cit. por MARÍA ANGELES GALINO en «Tres hombres y un problema». C. S. I. C. Madrid, 1953, pág. 100.

ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre, con preferencia a toda autoridad privada, lo que me dictara la experiencia y la razón» (4).

LA ELECCIÓN DE PROFESIÓN, PROBLEMA INDIVIDUAL

Dejemos las ideas anteriores que nos llevarían lejos, y volvamos nuevamente con el hilo de nuestra reflexión iniciada en torno al propósito que nos ha movido a redactar estas líneas; esto es, ofrecer al lector unas cuantas ideas que se refieren a los servicios de Orientación Profesional.

Esta modalidad de Orientación no es sino una de las tres que hoy se dibujan en el campo de la Pedagogía y que nos han sido señaladas por el doctor García Hoz, con los nombres de Orientación Escolar, Orientación Profesional y Orientación Personal, las cuales «agotan todo el contenido de la tarea educativa» (5). Pensando sobre esta división, podríamos considerar estrechamente vinculadas la Orientación Escolar con la Profesional, por razón de que se orienta al sujeto en su mundo circundante, ya sea el mundo de trabajo ya sea el más limitado de las instituciones escolares. «La Orientación Personal—dice García Hoz—por su mayor extensión, comprende a las otras dos, puesto que los estudios a realizar y la profesión a escoger son ciertamente problemas personales» (6). Nosotros en este trabajo solamente nos referiremos a la Orientación Profesional.

Este tipo de orientación tiene como suprema finalidad acomodar al individuo—puesto en el trance de tener que elegir profesión—con aquellas formas de trabajo que mejor convengan a sus aptitudes innatas, tendencias dominantes e intereses y deseos enraizados en su persona. Para llevar a cabo tal ajuste se precisa, lógicamente, un conocimiento previo del sujeto a quien se ha de orientar. He aquí planteado el difícil problema que trata de ayudarnos a resolver la Psicología, para dar luz sobre la elección de profesión adecuada.

En la mayoría de los casos se elige profesión u oficio casi siempre a ciegas, puesto que determinación de tan gran trascendencia suele tomarse en plena adolescencia o, lo que es peor, cuando se inicia ésta, siendo este período el más delicado y difícil de la vida; cuando del transfondo de nuestro ser emergen hacia el exterior una serie de facetas vitales de tan amplia resonancia anímica y biológica, que desfiguran totalmente durante unos años la paz y equilibrio de la personalidad, estando el individuo, por tanto, en

(4) FEIJÓO, BENITO JERÓNIMO: *De lo que sobra y falta en la Física*. «Teatro Crítico Universal», VII, 13. Cit. por MARÍA ANGELES GALINO, ob. cit., pág. 115.

(5) GARCÍA Hoz, V.: *La orientación de los alumnos en las instituciones escolares*, en «Revista Española de Pedagogía», núm. 47, pág. 264.

(6) GARCÍA Hoz, V., ob. cit., págs. 264-265.

tales condiciones, impedido para adoptar serena, juiciosa y ponderada determinación en todos sus actos.

Del acierto con que hayamos elegido profesión, o nos haya sido impuesta, que suele ser lo más frecuente, dependerá en buena parte nuestra felicidad futura. Muchas veces se elige profesión de conformidad con los intereses y tradición familiar, claro está, siempre que el trabajo ejercido por nuestros ascendientes directos haya sido plenamente satisfactorio y remunerador. En otras ocasiones se elige por simple mandato o imposición de los padres, sin oír para nada a quien ha de vivir toda su vida con tal profesión. Otras veces encauzamos al individuo hacia una profesión, con ciego prejuicio familiar, por no desentonar con la moda o con los ideales que privan para una clase social determinada. También se abraza profesión ante la debilidad de acceder y cumplir la arbitraria y caprichosa fantasía del adolescente, quien desea ser tal o cual cosa por aquello de que se le ocurrió cuando leía una novela—sea rosa o de aventuras—o por lo que soñó en su frecuentación al cine. Suele elegirse profesión también, teniendo en cuenta solamente aquello de que una determinada carrera es la más digna por el rango y prestigio social que da a quien ostenta su título, aunque nunca ejerza la tal profesión (caso del diplomático sin embajada).

En resumen, se elige oficio, profesión o forma de trabajo indiferenciada, casi siempre sin fundamento de causa, totalmente a ciegas, puesto que se piensa mucho más en lo convencional, traditivo y remunerador que en los dones naturales de la persona, conforme a los cuales debiera encaminarse al individuo—predominantemente—en el momento de abrazar profesión. Si yerra en esta decisión, como es muy probable que así ocurra, y la Gracia no viene en su ayuda más tarde para encontrar acomodación entre su trabajo impuesto y su verdadera vocación, no hallará pleno sosiego espiritual ni tranquilidad, siendo el individuo en tales condiciones un eterno descontento social y un inadaptado profesional, con los graves peligros que éste supone para el individuo, para la familia y hasta para la misma sociedad en la que se integra.

LA ELECCIÓN DE PROFESIÓN, PROBLEMA SOCIAL

Bien es verdad que no debemos cargar solamente al individuo o a los padres del mismo toda la responsabilidad implicada en la elección de trabajo o profesión. El problema, por su misma importancia, atañe también en buena parte a la sociedad, de la cual aquél es miembro activo o pretende serlo en breve plazo.

El campo del trabajo diferenciado, dando a estos términos la flexibilidad y extensión adecuada en su conceptualización, exige al individuo una preparación y formación o capacitación profesional para cada una de las modalidades laborales que comprendan aquellos sectores de trabajo. Dicho

aprendizaje y formación condicionan previamente el ejercicio de cada una de estas actividades en orden a su eficiencia, surgiendo así la necesaria y obligada especialización profesional.

Por otra parte, las posibilidades que tiene el individuo—una vez formado profesionalmente—para encontrar trabajo están, por lo general, suficientemente limitadas y restringidas en determinados sectores laborales, lo que supone un serio y grave inconveniente que deberá considerarse con gran detenimiento en el instante de elegir profesión. No olvidemos que hay profesiones saturadas y otras deficitarias con respecto a la necesidad de personal. El trabajo tiene como primera finalidad impuesta por mandato divino, subvenir a nuestras necesidades vitales, que dejará de cumplirse en el instante en que no encontremos ocupación para nuestro trabajo. Tacharíamos de ingenuo e iluso al individuo que hoy pretendiera capacitarse para ser un perfecto conductor de «diligencias», pongamos por caso, sabiendo que después no hallará posibilidad alguna de ocupación, por muy grande que sea su vocación y aptitudes para conducir carruajes de posta. Pues bien, esta dificultad se encuentra, en mayor o menor grado, para el ejercicio de bastantes profesiones, pudiendo ser causa de tal dificultad las dos siguientes razones, entre otras posibles; o por ser muy reducido el número de profesionales que exigen las necesidades de un trabajo determinado, o por ser muy numeroso y abundante el personal que existe debidamente preparado para el desempeño de tal profesión. Es típico al respecto, el caso de los abogados sin pleito que defender, o el de los médicos sin enfermos que curar, en cuya situación se encontrarán en plazo breve si van llegando los estudiantes a la Facultad de Medicina en la riada que hoy lo hacen. En el fondo, las dos causas se reducen a una: o sobran profesionales (ocupación saturada) o faltan lugares de trabajo donde ocuparlos (ocupaciones deficitarias). Surge de este desequilibrio entre la oferta y la demanda del trabajo el angustioso problema del «paro obrero», que bien pudiéramos llamar por extensión a cualquier clase de trabajo, «paro laboral» y que con razón tanto preocupa a sociólogos, gobernantes y padres de la Iglesia. La Orientación Profesional también tiene destacada participación en las tareas encaminadas a resolver tan grave cuestión social, hoy francamente debilitadas gracias a la política social de los Pontífices.

Es decir, que ambas condiciones, formación especializada y futura posibilidad de ocupación, son factores que caen dentro de lo social en la cada vez más compleja problemática profesional, surgida como consecuencia natural de la constante división del trabajo. Al primer factor corresponde el hecho de que con frecuencia muchos individuos aspiran a ejercer profesiones que exigen un alto nivel intelectual y que en ellos no se da, o no se ha demostrado que lo posean, y «contra viento y marea» pretenden llegar a capacitarse—sin conseguirlo plenamente, claro está—para el ulterior ejercicio de estas tareas de orden superior. Si uno de tales individuos a fuerza de perseverar años y años en su intento y de vencer por todas las artes posibles

las dificultades surgidas, consigue llegar al término feliz de sus aspiraciones, tiene muchas probabilidades en su favor de constituirse en un auténtico «proletario intelectual», dispuesto a mendigar y aceptar el primer empleo u ocupación que le ofrezcan, tenga o no relación con la profesión que dice poseer, con el desprestigio consiguiente que supone tal actitud para el centro que le concedió el título profesional y aun para aquellos que con brillantez y decoro ejercen su misma profesión. Por otra parte, en este individuo fracasado profesionalmente la frustración de unos deseos acariciados muchas veces durante el largo período que tardó en alcanzar su deficiente formación, habrá producido un peligroso descontento e insatisfacción en su personalidad, causa originante de trastornos neuróticos, más o menos graves, de los que es tan pródiga nuestra civilización actual, por estar abocada plenamente hacia la técnica y el maquinismo olvidando el aspecto humano de la profesión.

Y a la inversa; bien conocido es el hecho de que se pierdan todos los años numerosos talentos (niños superdotados) por carencia de oportunidad para descubrir estas inteligencias excepcionales que quedan estériles, o se pierden en anodinas ocupaciones, por no haber podido despertar el rico potencial de sus vocaciones debido a la carencia de estímulos eficaces a tal fin, o por material prohibición para alcanzar aquellos altos lugares de la cultura, debido a la deficiente situación económica de sus ambientes familiares. Dispositivo eficaz para remediar la pérdida de estos individuos es la concesión gratuita de medios económicos a todos los que careciendo de ellos se encuentran óptimamente dotados por Dios, mediante el sostenimiento por parte del Estado de un régimen de Becas o auxilios de otra índole, que cada vez se amplía más y más. Este hermoso aspecto de la política cultural de los tiempos actuales se ve acrecentado continuamente—por lo menos en nuestra nación—ante la verdadera necesidad que tienen todos los pueblos de seleccionar a los individuos mejor dotados, para constituir con ellos auténticas minorías aristocráticas de la inteligencia, las cuales deberán ocupar los puestos rectores de la sociedad.

LA ORIENTACIÓN PROFESIONAL AL SERVICIO DEL BIEN INDIVIDUAL

Todos estos problemas que llevamos expuestos, referidos tanto al individuo como a la sociedad ante la profesión que aquel debe elegir, son propios de los fines y cometidos que tiene asignados la Orientación Profesional. Las mismas cuestiones que plantea la selección de los superdotados tienen su enclave en la Orientación Profesional, ya que como dijimos al principio, la Selección Profesional está comprendida en la primera y se le considera como la actividad que aspira a elegir para cada forma de trabajo al mejor sujeto, al que se tiene en cuenta con el fin de obtener un mayor rendimiento en la producción, cargando su finalidad, por tanto, en el utilita-

rismo y descuidando el bienhechor gozo espiritual que todo individuo debe hallar en el ejercicio de su trabajo o profesión.

La Orientación Profesional, por el contrario, aspira a conseguir para todo sujeto aquel trabajo que mejor convenga a sus aptitudes y disposiciones naturales con que Dios le regaló, ya que en esta realización de tendencias y aficiones está implicada una buena parte de su felicidad. La Orientación Profesional centra el interés del problema, de manera destacada, en el sujeto. La Selección Profesional, por el contrario, carga su interés en el objeto de la profesión.

Es decir, que según este aspecto de la Orientación Profesional no descuida ésta la vertiente humanística del problema, puesto que pretende guiar y dirigir al sujeto hacia aquella profesión o grupo de profesiones que mejor van a satisfacer sus intereses y deseos. Por este mismo concepto no olvida la Orientación Profesional a los individuos deficitarios, sean físicos o mentales, para los que pretende obtener su adecuada habilitación funcional ante la sociedad, de acuerdo con sus posibilidades efectivas para el ejercicio de un trabajo determinado. Es muy digna nuestra legislación laboral en este sentido desde la promulgación de la Ley de accidentes del trabajo de 10 de enero de 1922 que reformaba la de 1900 y en su artículo 23 proyectó la organización de «un servicio especial de reeducación de los inválidos del trabajo, que tenía por objeto devolver a éstos la capacidad profesional suficiente para que puedan atender por sí mismos a su subsistencia (7).

Nunca la Orientación Profesional podrá ser considerada como un mandato impuesto, sino como un amoroso y sincero consejo y esto no podrá ser de otra manera mientras podamos hablar sostenidos y guiados mentalmente por una concepción cristiana del hombre y de la vida. Por ello, hemos de tener presente en todas las tareas de Orientación Profesional, de acuerdo con el Dr. Villarejo, el principio según el cual «la elección de una profesión corresponde en última instancia al sujeto que ha de ejercerla, al individuo que debe vivir mejor o peor con ella. A nadie puede imponérsele el ejercicio de una profesión para toda la vida» (8).

Consecuentemente la persona o personas encargadas de hacer la Orientación (padres, educadores, psicólogos y médicos), no deben aspirar a otra cosa sino a formular o prescribir un simple consejo profesional que el individuo aconsejado será libre de aceptar o rechazar. Este consejo orientador para el sujeto puede y debe implicar un diagnóstico aptitudinal con las contraindicaciones profesionales que pudieran haber, y hasta un pronóstico profesional más o menos cargado de contingencia fáctica, por desconocer, en la mayoría de los casos, las verdaderas tendencias vocacionales del sujeto orientado, ya que las técnicas de que hoy disponemos para llevar a cabo este análisis son deficientes.

(7) GIL FAGOAGA, L., ob. cit., pág. 165.

(8) VILLAREJO MÍNGUEZ, E.: *La orientación profesional, problema pedagógico*, en «Revista Española de Pedagogía», núm. 32, octubre-noviembre 1952, pág. 499.

La posición adoptada por Francia a este respecto, dictando una ley en 1937 por la que estableció la obligatoriedad de pasar por las oficinas de Orientación Profesional a todos los que desearan ejercer profesiones artesanas, es un claro atentado a la libertad profesional que todo individuo posee. Admítase por todos la conveniencia y necesidad de efectuar una completa y acertada Orientación Profesional de cada individuo, iniciada en la Escuela Primaria y terminada en las instituciones superiores, pero déjese al sujeto orientado en plena libertad para que elija profesión una vez haya sido, amplia y prolijamente, asesorado y aconsejado, teniendo en cuenta sus aptitudes naturales, gustos, situación social, exigencias laborales o fisiológicas, así como los rasgos predominantes en la dinámica de su carácter y en la morfología de su personalidad.

En una palabra, busquemos en el hombre lo que tiene de individual, como nos aconseja una Pedagogía personalista hacia la cual tienden las corrientes de nuestros días (9), y no lo general y común a todos los individuos, con el fin de ayudar a éstos a conseguir su felicidad terrena y con ello disponerles mejor para alcanzar la que el Señor les tiene prometida.

JULIÁN SÁNCHEZ JIMÉNEZ

Licenciado en Pedagogía.

(9) GARCÍA HOZ, V.: *Cuestiones de Filosofía de la educación*. C. S. I. C. Madrid, 1952, pág. 86.